

## LOS EFECTOS DE LA TELEVISION EN NIÑOS Y ADOLESCENTES

por el Dr. WILBUR SCHRAMM

### II y final

El debate, por otra parte, ha incidido principalmente no tanto sobre el efecto de la televisión en los malos escolares ni sobre la eficacia de la enseñanza mediante la televisión, sino que sobre los conocimientos suplementarios que pueden adquirir los niños al mirar todos los días la televisión durante dos horas o más. ¿Amplía la televisión el horizonte de los niños? ¿Les enseña ciertas técnicas (recomendables o no)? ¿Les da a los niños ideas falsas sobre el mundo de los adultos?

En general, como recientemente lo ha declarado la señora Himmelweit en una nota manuscrita concierne a la encuesta sobre el filme británico, los investigadores están decididos a tener que comprobar que la televisión enseña poco a los niños. "Sin duda alguna", escribe ella, "un medio de expresión que dispone de tantas posibilidades como la televisión, debería permitir la obtención de mejores resultados. Deberíamos estar orgullosos de encontrarnos ante una joven generación más curiosa, más informada, más emprendedora, y del hecho de que hayamos podido ofrecerle una ventana al mundo. ¿Por qué tiene que ser de otra manera? Me parece profundamente humillante tener que reconocer que si a los 10 años los niños pueden aún aprender algo al mirar la televisión, a los 13 años, recién los niños retardados, están en este caso, y que mientras más inteligente es un niño, menos le interesa la televisión... y lo que debe sugerirnos reflexiones aún más amargas, es que estos niños miran casi exclusivamente programas destinados a distraer a la familia y a los adultos.

¿Es preciso concluir en que muchos de los programas que se nos ofrecen cada tarde se sitúan, desde el punto de vista intelectual, al nivel de un niño de 10 a 11 años?"

En Canadá se ha comprobado que en las ciudades en que se recibe la televisión, los niños, en el momento de su entrada a la escuela (3), tenían un año de ventaja sobre los de las otras ciudades en lo que concierne al vocabulario. Pero seis años más tarde, esta diferencia había desaparecido, y los niños que disponían de un aparato de televisión sabían *menos* cosas que los otros sobre los asuntos públicos, cuando sabían *más* acerca de los medios de distracción. En este estudio como en los otros, se ha observado que en el curso de los primeros años de estudio,

son los niños más inteligentes los que utilizan más la televisión y sacan de ella un mejor provecho, aun cuando por encima de los 12 ó 13 años son al contrario los niños lentos de espíritu los que pasan más tiempo ante la pantalla y los que más aprenden por medio de la televisión, mientras que los niños inteligentes utilizan cada vez más los textos impresos. Sin embargo, ciertas encuestas parecen probar que los padres y los maestros estiman que la televisión mejora el nivel general de los conocimientos.

Los estudios relativos al contenido de los programas televisados terminan naturalmente por obtener conclusiones diferentes según los países, pero de muchas de ellas se desprende que la televisión entrega a los niños los problemas de los adultos mucho tiempo antes del momento en que ellos tendrían normalmente que afrontarlos, y, en algunos países al menos, les entrega una falsa imagen de la vida de los adultos en lo que concierne a las diferencias sociales, las ocupaciones deseables, y el uso de la violencia para resolver las dificultades. No se sabe aún exactamente en qué medida la imagen del mundo que presenta la televisión es aceptada como verdad por el niño, ni tampoco en qué medida afecta a sus esperanzas, sus proyectos, sus preparativos, y determina su comportamiento de adulto.

Es verdad que los niños imitan ciertos modos y costumbres que les entrega la televisión. Ellos "ponen en escena" las situaciones de la televisión, "desempeñan el papel" de los héroes y de las heroínas que ellos prefieren. Maccoby declara (16): "hay razones para creer que las actitudes y las creencias de los niños pueden ser modeladas por los programas televisados que ellos ven, que los niños experimentan emociones e impulsiones correspondientes a las que manifiestan los personajes de la pantalla... La televisión es igualmente para ellos una de las fuentes en que pueden extraer los elementos que les permitan organizar e interpretar sus experiencias. La televisión les sirve, por otra parte, para prepararse en su vida futura de estudiantes, de esposos, de miembros de un grupo profesional, etc. Es indudable que algunos de los hábitos y las maneras aprendidas antiguamente en la familia o en el grupo de los amigos, son hoy día adquiridas por medio de la televisión. Se nota también que en ciertos casos de niños que han tenido líos con la justicia han declarado que la televisión les había enseñado la manera

de cometer un crimen. Pero si la televisión puede enseñar incidentalmente técnicas criminales al niño, lo raro es que el niño las ponga en práctica. En gran medida, el desarrollo de los conocimientos así sembrados, depende de la naturaleza del terreno sobre el cual ha caído el grano. Antes de la época de la televisión, los jóvenes delincuentes declaraban frecuentemente que su comportamiento les había sido inspirado por el cine, la radio, las novelas populares, o por no importa qué otro medio de información o experiencia personal.

*¿Cuándo actúa la televisión sobre las concepciones y los valores del niño?*

Según uno de los autores que constituyen autoridad en la materia, la influencia psicológica de la televisión en los niños es máxima cuando:

- 1 los mismos valores o puntos de vista se repiten en una serie de programas;
- 2 los valores son presentados bajo una forma dramática, suscitando reacciones emotivas;
- 3 los valores tienen un lazo con los intereses y las necesidades inmediatas del niño;
- 4 el niño tiende a apegarse a un medio de expresión sin criticar lo que él ve (el niño no sabe aún, como el adulto, "participar de las cosas");
- 5 los amigos, los padres, o el contorno inmediato del joven teleespectador no le han inculcado un sistema de valores que pueda orientar su juicio sobre los espectáculos ofrecidos por la televisión (1).

Así, no se puede prever la influencia de la televisión en un niño sino cuando se dispone de información sobre la televisión y sobre el niño. Un niño de temperamento agresivo se sentirá particularmente tentado de utilizar el contenido agresivo de ciertos programas televisados. Muchos niños pueden aprender cómo cometer un *hold-up* al ver historias de crímenes, pero serán raros los casos de niños que vayan a poner en práctica estos conocimientos, salvo que ellos tengan tendencias a la perversidad o que sufran la influencia de una banda criminal. Para la mayor parte de los niños, la televisión dejará una experiencia agradable, que permitirá detenerse y olvidar un instante los problemas apremiantes; pero para otros, será una fuente de confusión, porque estos niños no llegarán a hacer claramente la separación entre el mundo imaginario de la televisión y el mundo real. Un mismo programa no tendrá, pues, la misma influencia en todos los niños, de la misma manera que un determinado niño no reaccionará de la misma manera ante todos los programas de televisión.

Pero hay un elemento de la relación entre el niño y el programa televisado que parece tener más im-

portancia que otros cuando se trata de determinar la influencia de este programa: se trata de la medida en la cual el niño puede identificarse con uno o con varios personajes. Por identificación, entendemos el hecho de meterse tan bien "en la piel" del personaje que se "vivan" sus aventuras al experimentar las mismas emociones que él. Todo pasa como si el espectador mismo fuera el héroe de la historia que se desarrolla en la pantalla, como si tomara el mismo las decisiones, corriera los peligros, consiguiera las victorias de los héroes. Cuando un niño se identifica así con un personaje, está mucho más dispuesto a admitir una idea o una actitud de ese héroe, a asustarse con lo que amenaza a su héroe, a compartir la cólera del héroe víctima de alguna villanía. El efecto emotivo del espectáculo televisado se ve por eso intensificado y su influencia acrecentada considerablemente.

*La televisión y la delincuencia*

La mayor parte de los investigadores vacilan, sin embargo, al afirmar que la identificación y las enseñanzas eventuales que a veces pueden proporcionar los dramas televisados tienen una gran importancia en tanto que causas de la delincuencia y la criminalidad. El comportamiento criminal tiene orígenes mucho más profundos; sus raíces se internan en la personalidad, en la vida familiar del delincuente o del criminal, y en las relaciones que tenga con el grupo de sus compañeros de la misma edad. La televisión a lo más puede contribuir a la delincuencia, y aun así, ella no tendrá influencia más que en el niño predispuesto y ya desadaptado.

La televisión, por ejemplo, puede revelar a un individuo decidido a cometer un crimen en un medio que él ignoraba; puede favorecer el desencadenamiento de un acto de delincuencia al entrenar las disposiciones agresivas del niño; puede aun alentar la delincuencia al dar al niño una idea falsa acerca del papel de la violencia en tanto que medio para resolver los problemas humanos. Pero en ningún caso, podría la televisión, por sí misma, hacer un delincuente de un niño normal y correctamente adaptado. Tal es la conclusión casi unánime de las encuestas y de las observaciones clínicas.

*El efecto de la violencia*

Al estar compuestos de escenas de violencia una gran parte de los programas que el niño puede ver en la televisión, los investigadores se han interesado particularmente en los posibles efectos de toda esta violencia. Ninguna otra acción análoga ha sido estudiada de tan cerca. La primera hipótesis estribaba en que la violencia en la pantalla constituía una especie

de válvula de seguridad, gracias a la cual el niño podía sublimar por substitución los deseos de agresión que fermentan en él. Tal era en todo caso la conclusión de una primera experiencia realizada por Feschbach (17). Pero otros investigadores no han podido obtener el mismo resultado, y una serie de experiencias más recientes han llegado a conclusiones exactamente inversas. Algunas de estas experiencias son muy ingeniosas y la concordancia de los resultados obtenidos nos incita a considerar sus conclusiones como dignas de fe.

El método habitual es el siguiente: hay que arreglárselas para frustrar las esperanzas de un cierto número de niños, a fin de fortalecer su agresividad. Se les presenta entonces en el cine o en la televisión un drama en el cual las conductas agresivas juegan el papel principal (de una experiencia a otra se hace variar la conclusión de la historia, el tipo de agresión, el carácter de los personajes y otros diversos elementos). El mismo programa es presentado igualmente a un segundo grupo de niños, análogo al primero, pero cuyos miembros no han sufrido frustración. Se ofrece entonces a los niños de los dos grupos la posibilidad de exteriorizar los sentimientos agresivos que ellos pueden alimentar, ya sea en su comportamiento o por medio de tests. Se comprueba entonces invariablemente que las reacciones del grupo experimental y las del grupo de control son muy diferentes. Los niños que no han sido frustrados (grupo de control) no manifiestan más agresividad después de haber visto el programa que antes. Pero el espectáculo no hizo disminuir la fuerte agresividad de los frustrados (grupo experimental): más bien parece que ésta se hubiera reforzado. En numerosos casos esta agresividad se manifiesta mediante actos. Por ejemplo, los miembros de un grupo experimental que vieron pelear y destrozar una gran muñeca en la pantalla, hicieron sufrir la misma suerte a la suya (18). El grupo de control no hizo nada parecido.

Naturalmente, esta experiencia prueba únicamente que la televisión puede dar a los niños agresivos la idea para satisfacer sus deseos de agresión a costas de una víctima análoga a la que han visto ellos en la pantalla. ¿Generalizaron los mismos niños esta impulsión, dieron prueba de agresividad hacia otras personas u otros objetos? La respuesta depende, sin duda, de otros factores sobre los cuales el experimentador no tiene ninguna acción. Pero los resultados obtenidos son, a pesar de todo, poco tranquilizadores porque parecen probar efectivamente que las escenas de violencia televisadas no constituyen un medio para reducir indirectamente la agresividad de los jóvenes telespectadores, sino que tienden más bien a acrecentarla, y que por consiguiente, incitan a los niños a exteriorizarla. Ya sabemos que los niños de tempera-

mento agresivo son particularmente aficionados a los programas violentos. Si la televisión hoy día entretiene en los niños el espíritu de agresividad en lugar de atenuarlo, si sugiere el empleo de los puños, del cuchillo o de las armas de fuego para cometer actos de agresión, puede suceder que bajo los efectos de la cólera un niño utilice uno u otro de estos procedimientos cuando la ocasión sea propicia. Queremos creer que esto no sucederá a menudo, porque las normas sociales enseñan a los niños a no actuar de esta manera. Pero es cierto que no hay ninguna razón para creer que el espectáculo de la violencia en la televisión contribuye a volver *más raro* el recurso de la violencia en la vida real.

Agreguemos que la situación puede aun admitir otro elemento. Supongamos a un niño agresivo que tenga el hábito de identificarse con un héroe que utiliza la violencia para resolver las dificultades. Por ejemplo, encuestadores franceses han descubierto que a los jóvenes delincuentes del sexo masculino les gusta mucho un cierto héroe de películas que "se riñe... sabe hablar a las mujeres... triunfa siempre en todas las dificultades... no respeta ninguna regla moral y juega a menudo un papel equívoco; no se sabe nunca si está del lado de la policía o de los gangsters". Analizando las reacciones de los jóvenes muchachos a quienes estudiaron, estos encuestadores han concluido en que un contacto de este tipo con un medio de expresión de gran difusión era particularmente peligroso para jóvenes delincuentes y para delincuentes en potencia. Otros han experimentado también el temor de que los niños agresivos se dejen influir por el ejemplo de personajes de la televisión quienes aunque "por el buen lado", a pesar de todo recurren a la violencia para resolver conflictos entre individuos y se encargan ellos mismos de castigar al "traidor".

Un interesante estudio de Riley y Riley (19) demuestra que las relaciones del niño con su grupo de compañeros contribuyen a determinar sus reacciones ante un programa de violencia. El niño cuyas relaciones con los compañeros no son satisfactorias, se crea a menudo una vida imaginaria en la cual el clima de violencia y de sobreexcitación como el de la televisión lo ayuda a olvidar sus decepciones personales en la vida real. Los niños de este tipo confunden más fácilmente que los otros lo imaginario y lo real, y tienden mayormente a utilizar los métodos violentos aprendidos en la televisión, para adquirir prestigio entre sus compañeros. Sabemos también que el carácter poco satisfactorio de sus relaciones con los miembros de su familia puede impulsar al niño a vivir imaginariamente en el mundo de la televisión (3). La influencia en el niño de las escenas de violencia observadas en la pantalla de televisión —cuando existe esta influencia— depende en gran medida de las relaciones

de este niño con los miembros de su familia y de su grupo.

En el conjunto, la mayoría de los testimonios parece confirmar la conclusión de Berkowitz (20), según la cual "la fuerte dosis de violencia que contienen las distracciones ofrecidas al gran público por los medios de difusión", aunque no sea una causa determinante del crimen y de la delincuencia, "acrecienta la posibilidad de que tal o cual espectador se entregue ulteriormente a actos agresivos en ciertas circunstancias".

#### *Televisión e inadaptación*

Por las razones que acabamos de mencionar, uno de los problemas más importantes tratados por los estudios sobre la televisión es el de las relaciones entre la experiencia de la televisión, por una parte, y la adaptación social y la salud mental del niño, por otra. Este problema no ha podido ser analizado aún con toda la precisión deseable, en razón del número insuficiente de estudios clínicos, y sobre todo de estudios clínicos a largo plazo. El resumen de las conclusiones no puede tener aún más que un valor provisorio. Tenemos numerosos testimonios que prueban que la televisión asusta a veces a los niños, y nosotros determinamos lo que les asusta más (1). Pero a muchos niños les gusta tener miedo (pensemos en el éxito de las "montañas rusas"). Y ningún especialista piensa que la televisión pueda tener efectos perniciosos en la adaptación social y la salud mental de un niño que está rodeado de afecto en una familia unida, que tiene relaciones satisfactorias con su grupo de compañeros y que no tiene ninguna predisposición a los desajustes mentales. Es por esto que se ha dicho a los padres que la mejor manera de garantizar a sus niños contra una mala influencia posible de la televisión, consistiría en hacerles sentir que son queridos y que gozan de seguridad en su familia, junto con ayudarlos a establecer buenas relaciones con otros niños de su edad. Los padres pueden también ayudar a sus hijos a evitar los programas que les provocan miedo.

Inversamente, otros estudios (21, 22) demuestran que en ciertas condiciones la televisión o el cine pueden favorecer el desencadenamiento de una enfermedad mental en el caso de predisposición de parte del niño. La influencia de la televisión depende, pues, no solamente del contenido del programa, sino también de la existencia de un terreno más o menos favorable, en una gran medida función de la personalidad del niño y del medio en el cual vive.

El Dr. Lawrence Z. Freedman, siquiatra, hace notar que la mayor parte de los niños que viven en un medio relativamente estable, no confunden el mundo imaginario de la televisión con su experiencia real de las relaciones personales y familiares (21). El escribe:

"La mayor parte de los jóvenes encuentran las relaciones personales y directas mucho más atractivas y más provechosas que las imitaciones animadas que ellos pueden ver en la pantalla... La intensidad y la importancia síquica de la reacción del niño ante la televisión están en razón inversa de la satisfacción que obtienen de las relaciones con su familia, su escuela, sus compañeros. Se puede predecir que serán los jóvenes menos inteligentes, los más aporreados y los que tienen relaciones menos buenas con su familia y los camaradas de su edad los que se sumerjan más en el mundo de la televisión, donde encontrarán a la vez un estimulante y un medio de evasión".

El Dr. Freedman ha dirigido un cuadro de las consecuencias posibles de la influencia de la televisión en las diferentes formas de inestabilidad e inadaptación mentales. Los niños de temperamento esquizoide que tienden a evitar toda intimidad con el prójimo y que viven sumergidos en sus sueños y en su mundo imaginario, a menudo ven en la televisión el medio para escapar a las tensiones resultantes de sus relaciones personales. Los niños que presentan tendencias a la histeria y al desdoblamiento de la personalidad, que se identifican fácilmente con sus modelos y tratan de imitarlos, pueden fácilmente encontrar estos modelos en los programas televisados, pero su enfermedad no tiene por origen a la televisión. Los niños sicópatas, siempre dispuestos a la rebelión, también pueden encontrar modelos de rebeldes en la televisión, pero estos modelos tampoco son la causa de su enfermedad.

Para los niños que sufren de sicosis, cuyas identificaciones son confusas, y que se asustan de sus impulsos, un episodio violento en la pantalla de televisión puede constituir la chispa que provoque en él una explosión de violencia. Estos mismos niños, cuando se dejan sugestionar fácilmente, suelen seguir literalmente y hasta el fin los consejos de los anuncios publicitarios y de los personajes que ven en la pantalla. Pero aun en este caso, no está la televisión en el origen de su comportamiento anormal; más bien es preciso incriminar su personalidad y sus relaciones sociales.

¿Vuelve la televisión pasivos a los niños y replegados en sí mismos? No hay nada que lo pruebe, aunque la televisión ciertamente puede contribuir a desarrollar la pasividad y el replegamiento hacia sí cuando existe ya una tendencia esquizoide. Como lo ha hecho notar Freedman: "Cuando el automóvil permitió a los niños escapar a la vigilancia de su familia, temimos por su moralidad; ahora que la televisión los ha hecho volver a la casa, deploramos su pasividad". Ningún testimonio permite afirmar que la televisión tenga una influencia favorable o desfavorable en la vida familiar. La televisión retiene más tiempo a los niños en casa, pero el hecho de ver televisión juntos no

parece reforzar las relaciones entre los miembros del grupo: cada uno de los miembros de la familia reacciona a título individual más a menudo que en cuanto miembro de grupo en el programa que ve. En consecuencia, la televisión casi no arriesga disociar una familia unida, como tampoco puede ella contribuir a restablecer la armonía en un hogar desunido. Hay derecho para concluir en que la manera de la cual un niño utiliza la televisión es la consecuencia, más que la causa, de la calidad de las relaciones que él mantiene con el prójimo.

#### *Los efectos síquicos*

En general, las investigaciones sobre esta cuestión terminan en conclusiones negativas. La televisión retarda en algunos minutos la hora de acostarse de los niños, pero parece reducir muy poco la duración del sueño, porque los niños que se acuestan un poco más tarde se duermen, al parecer, más rápido. Sin duda que considerando ciertas encuestas, obtenemos casos de niños que, asustados en la noche por un programa de televisión, no llegan a dormirse y otros en que los niños se duermen en la escuela porque se han quedado hasta tarde en pie para ver un programa de televisión, pero ningún investigador ha encontrado pruebas de que la televisión engendre en general la fatiga o que provoque otros efectos síquicos. Hay razones para creer que la hora en que se acuestan los niños depende mucho más de las reglas de conducta impuestas por los padres que de la televisión, y que si las mismas familias no tuvieran televisión, los niños permanecerían en pie igualmente tarde por otras razones.

No está probado tampoco que la televisión correctamente utilizada pueda tener un efecto nocivo en la vista de los niños. Ciertos especialistas dicen que es tan fatigoso para los ojos leer como ver televisión, otros afirman aun que ver televisión es un buen "ejercicio" para los ojos. En general, los oftalmólogos aconsejan a los niños ver televisión en una pieza en la que el receptor no sea la única fuente de luz, no colocarse a menos de dos metros de la pantalla, y tener los ojos a la altura de ella (en Gran Bretaña, los oculistas dicen: "la pantalla a la altura de los ojos, o un poco más bajo", en Polonia: "La pantalla a la altura de los ojos, o un poco más alto"). Aun la fatiga de los ojos que resulta de una observación de la pantalla demasiado prolongada o efectuada en malas condiciones, desaparece luego de un corto período de reposo, según un estudio japonés (23).

#### *Las investigaciones que quedan por efectuar*

Nos hemos limitado a señalar los puntos interesantes,

sin tratar de dar un resumen completo de los estudios que hasta hoy se han efectuado. Esta visión general ha debido dar a los lectores, sin embargo, una idea de las lagunas que subsisten en la investigación. Disponemos de los resultados de numerosas encuestas y —salvo en el caso de un país donde no se ha efectuado ninguna encuesta general, y se quiere tener una idea general acerca del comportamiento de los elementos jóvenes de su población ante la televisión— a fin de saber si este comportamiento difiere del que han revelado las encuestas del mismo tipo en otros países, parece que más que de encuestas tenemos necesidad de experiencias. Sería particularmente útil proceder a efectuar nuevos y profundos estudios clínicos y experimentales sobre la influencia de un tipo determinado de programa sobre un determinado tipo de niño. Será preciso esperar largo tiempo, sin duda, antes de que estudios precisos y profundizados permitan responder a todas las cuestiones sobre los efectos de la televisión, pero sin tales estudios no nos será posible decir nunca de manera clara y precisa qué es lo que medimos ni a qué cosa se pueden aplicar nuestros resultados. Estos estudios deberían, en la medida de lo posible, ser proseguidos durante un cierto número de años para que podamos comenzar a hacernos una idea de los efectos acumulativos de la televisión.

Otro aspecto de la televisión que merece más atención que la que se le ha dado hasta el presente, concierne a los modos de obtener el mejor provecho posible de este medio de expresión. Al principio de este artículo, expresamos alguna decepción por el hecho de que la televisión no hubiera jugado completamente su papel de "ventana al mundo", que no nos hubiera dado en el presente una generación mejor informada, más curiosa, etc., y que no hubiera hecho más que proporcionar a los niños un término medio de dos o tres horas de distracción diarias. Quizás convendría estudiar ahora cómo hacer más interesantes los programas que no están consagrados a las emisiones de diversión y a la ficción, a fin de que llamen la atención de un número razonable de espectadores y jueguen su papel en la difusión del saber. Quizás sería necesario estudiar la formación del gusto, de tal manera que en lugar de rebajar el gusto de nuestros niños hasta el nivel de una cierta forma de distracción, podamos hacerlo interesarse por un número mayor de programas, y sepamos alentarlos a considerar, tanto como sea posible, a la televisión como una ventana abierta sobre el mundo más que como un medio de escapar momentáneamente a las tensiones resultantes del crecimiento.